

EN PERPETUO SILENCIO

I

Los solitarios de la Tebaida no podrían haber imaginado un lugar más a propósito para sumir su espíritu en hondas meditaciones sobre la muerte.

En medio de extensa llanura, arenosa y estéril, se divisa una mancha verdosa, pequeño oasis en tan apartado yermo.

El horizonte está confinado por altas y cerradas montañas parduscas y por la franja de bruma grisácea que, esfumándose en la lejanía, borra la línea divisoria entre el cielo, tristán casi siempre, y el dilatado mar, reflector de las tristezas del cielo.

La mancha verdosa, aquel pequeño oasis que os parecerá la única pincelada alegre en tan monótono y sombrío cuadro, es más triste aún que el resto del paisaje. Acercaos y veréis lo que es aquello que semeja lúcida esmeralda perdida en árido arenal. El terreno está cuidadosamente labrado y lleno de vegetación. De trecho en trecho, con simetría inalterable, se alzan humildes casitas, tan pequeñas, que dijérase que eran nichos más que moradas de vivientes.

Como un gigante entre enanos, descuella severa iglesia en el centro de esas cincuenta o sesenta casitas. Todo es quietud e imponente silencio; las puertas están cerradas.

Cualquiera sospecharía que es un pueblo original, cuyos habitantes han quedado la noche anterior muertos de repente en sus lechos por maldición divina. No estaréis muy lejos de la verdad si decís que esta población es un cementerio y sus casitas levantados sepulcros. Pero esos sepulcros están habitados por vivos; vivos que parecen muertos porque viven en perpetuo silencio.

Al tañido de la campana, cual si fuera un conjuro, ábrense las casitas y aparecen extraños seres: diríase que

son ángeles por el aspecto beatífico de sus rostros femeniles, y diríase que son fantasmas por las túnicas que los ciñen a guisa de mortaja.

Congréganse en el templo a cantar los salmos de David, y después se esparcen, mudos como estatuas, a labrar los diferentes cuarteles en que la dilatada huerta está dividida. No se oye ni el más leve ruido ni se despliegan los labios para una sola palabra.

Así, en el rudo trabajo el cuerpo, y en continua oración el alma, labran la dura tierra; y los vegetales que hacen brotar con el sudor de sus frentes, son su único alimento. Hé aquí el boceto de estos seres: los ojos siempre en la tierra y el corazón siempre en el cielo.

Es una familia cuyos miembros se reúnen sin conocerse, sin saber quiénes son ni cuál es el origen de cada cual. Las une estrechamente, no la sangre, sino el lazo del amor: aman a Dios y, por Dios, a sus hermanas allí reunidas por el amor de Dios, padre de todos.

Renunciando a la propia voluntad, han hecho el heroico sacrificio de vivir totalmente negadas a sí mismas, oyendo la voz del cielo en la voz de la obediencia.

Cada pequeña ermita, como aquellas lauras que nos pintan las historias religiosas, es un paraíso habitado por una virgen.

Ya casi lo había adivinado el lector: es una abadía de monjas trapenses.

II

Sobre un jergón tirado en el duro suelo, yace la hermana Bernarda, religiosa de unos cincuenta años de edad. ¡Qué pobre es la morada! Parece que el espíritu se sobrecoge deprimido por una sublime sensación de terror. Una cruz de madera, toscamente labrada, es el adorno de más valía.

Junto a la cabecera está la madre Abadesa; a los pies del lecho, sentada y silenciosa, repasa las cuentas del Rosario la hermana enfermera, la hermana Magdalena.

—¿Estáis ya en disposición, hermana Bernarda?

—Sí, madre Abadesa.

La anciana superiora hizo una seña a la enfermera, a la hermana Magdalena, y ésta salió dirigiéndose a la casa monasterial.

La venerable Abadesa estaba encantada, y en su interior sentía impulsos de arrodillarse y besar los pies de aquella santa. Había visto morir a muchas religiosas, pero a ninguna tan plácida, tan extraordinariamente alegre como la hermana Bernarda. En verdad que era un ángel.

—¡Qué alegría al considerar que la hora se acerca! ¡Morir para el mundo miserable y entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Cerrar los ojos a la luz de la tierra para abrirlos en el cielo, y ver a Dios y abismarse en indecibles delicias por eternidad de eternidades! ¡Benditos cilicios, benditos ayunos, benditos trabajos de breves días, que por la sangre de Jesús me conquistáis un cielo sin fin!

—Ciertamente, hija mía. Dios nos ha concedido un bien inmenso al llamarnos a esta soledad. ¡Cuántas reinas, cuántas emperatrices, al llegar la tremenda hora de la muerte, quisieran haber trocado sus galas, sus palacios, sus reinos, sus imperios, por el tosco sayal de una humilde trapense!...

El toque de una campanilla hizo suspender el místico diálogo. El padre Vicario, anciano monje de la misma regla cisterciense, traía a la hermana Bernarda el pan de los ángeles. ¡Sublime escena! Todas las hermanas habían suspendido los trabajos; y, envueltas en sus mantos blancos, venían con velas encendidas acompañando al Rey de los reyes.

La enferma recibió en su pecho al Divino Esposo, y quedó como arrobada, encendido el semblante. Un rayo de sol había penetrado por la angosta ventanilla e iluminaba aquel rostro circundándole como auréola celestial.

Todo volvió a quedar en el mismo sepulcral silencio. Las monjas se retiraron a sus ermitas.

Solamente permanecieron la Abadesa y la enfermera; aquella sentada a la cabecera, y esta última, de rodillas a los pies del lecho, repasando las cuentas de su rosario.

Un cuarto de hora después fue interrumpido tan sublime arrobamiento por fuerte acceso de tos; pasado el cual, la hermana Bernarda dijo sonriendo a la Abadesa:

—Pocos esfuerzos más como el que acabo de hacer, y la puerta del cielo quedará abierta.

—¿Pero tan convencida estáis, hermana, de que ésta es vuestra última enfermedad?

—Así lo creo, y me alegro muchísimo, sólo llevaré a la tumba una tristeza que tengo oculta en el corazón.

—¿Tristeza? ¿de qué?—preguntó sorprendida la Abadesa.

—Os lo diré; tengo ánimos para incorporarme un poco y recostarme en la almohada.

La madre Abadesa la ayudó; y, después que estuvo cómodamente dispuesta, prosiguió la hermana Bernarda:

—¡Sí, tristeza! os lo contaré todo, ahora que la fatiga me da treguas. Al abandonar a París, y en París a todas las galas y las ilusiones que doraba la fortuna que mis padres me legaron, dejé una hermana contumaz en el protestantismo. Para obtener del Divino Redentor la conversión de mi querida hermana, hice voto de entrar en la religión; y cuando mi director espiritual lo juzgó oportuno, huí sin decir nada a nadie, y tuve la inmensa dicha de ser admitida en esta abadía. Pues bien; mi tristeza es que ignoro si mi sacrificio ante mi Dios había sido todo lo puro para merecer por los méritos de Jesucristo que mi hermana abriera los ojos a la luz de la fe. ¡Dios mío! ¿me lo habéis concedido? ¿qué es de mi pobre hermana? ¿se habrá dejado arrastrar de los devaneos a que tan inclinada la veía yo, y vivirá ofendiéndoos, esclava de la impiedad y del vicio? ¡Pobre hermana mía!

Y la angelical enferma no pudo contener las lágrimas.

—No os extrañe, madre (continuó), que mi dolor sea inmenso. Era hermana única, y nos queríamos con indecible cariño.

—Hija mía, hermana Bernarda: Dios es muy bueno, todo misericordia; y seguramente que no habrá resultado infructuoso el sacrificio que habéis hecho por la conversión de vuestra hermana.

—¡ Oh !... si yo lo supiera, moriría más a gusto que muero; disipárase la única nube que empaña mi gozo al cerrar para siempre mis ojos a la luz de esta miserable vida. ¡ Pobre Antonieta ! ¡ pobre hermana mía !

Y de nuevo prorrumpió en sollozos la hermana Bernarda.

A la hermana Magdalena, al escuchar el precedente relato y oír el nombre de Antonieta, le dio un vuelco el corazón, alzó los ojos y los clavó en la enferma; estudió las líneas características de aquel rostro cadavérico; descubrió analogías con otro rostro más joven, y comenzó a dudar y a perderse en laberínticas confusiones. Si la regla monacal no prohibiera hablar de cosas del siglo; si la regla, además, les concediera un momento sólo para quebrantar el perpetuo silencio, la hermana Magdalena hubiera preguntado a la enferma: ¿ Pero eres tú Luisa? ¿ eres tú la hermana de mi alma?

Mas; ¡ oh fuerza de la voluntad robustecida con la influencia religiosa! ¡ Tu voz se ahoga; tus ímpetus son reprimidos con violencia heroica!

La hermana Magdalena sofocó un poema de ternura en el fondo de su corazón. La regla le prohibía hablar; pero no le impedía llorar, y lloraba silenciosamente.

A la enferma la acometió un acceso de fatiga. Débil como estaba, el período agónico se aceleró.

—Me muero, y..., me alegro mucho: voy a la vida que es la verdadera vida. ¡ Oh cuán más gozosa moriría, Dios mío, si supiera que Antonieta era católica y era buena !...

La madre Abadesa no pudo resistirse más; y, dirigiéndose a la hermana enfermera, dijo:

—Demos este último consuelo, tan legítimo y santo, a este ángel. Venid, hermana Magdalena; os dispense del silencio en tan solemne instante; venid, acercaos, abrazad a vuestra hermana Luisa.

La escena que pasó en aquella humilde celdita, no se puede describir.

Las dos hermanas contáronse en breves palabras sus vicisitudes, llorando de inefable cariño y sin saber más que abrazarse y besarse a cada momento.

Pero la enferma no podía resistir por mucho tiempo tan íntensas emociones; y como arrebatada en un sublime delirio de amor y gratitud, murmuró:

—¡ Qué bueno es nuestro Dios!

Y con la sonrisa en los labios, expiró dulcemente.

ANTONIO DE LA CUESTA Y SAINZ

Hernando Holguín y Caro

El Gobierno de la República, con acierto digno de todo encomio, nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia ante la nación francesa al distinguido caballero cuyo nombre dejamos inscrito como título de estas líneas. Al propio tiempo va en representación del Poder Ejecutivo y de las dos cámaras del Congreso a los festejos solemnes con que recordará España, al cabo de un siglo completo, la reunión de las famosas Cortes de Cádiz.

En el discurso de contestación al que leyó el señor Holguín y Caro al entrar en la Academia Colombiana, enumeró el doctor Rafael María Carrasquilla las calidades distinguidas y merecimientos no vulgares del que iba a ser su colega y siempre había sido amigo de su mayor confianza. Heredó el señor Holguín las prendas de su padre